

Cartas a mi ex, o del como fué que rompí tu corazón.

Lola Sorciere



Image not found.

Capítulo 1

Prólogo (o como empezó todo).

Sé que ha pasado mucho tiempo desde la última vez que hablamos, mucho más desde la última en que nos dijimos la verdad. Seguramente te preguntarás qué carajo haces leyendo esto. Yo también me pregunto porque te escribo, a cuatro largos años. La verdad es que una de las causas de mi actual insomnio, y de que este frente al monitor a las tres y tantas de la mañana es ese círculo que no se cerró cuando me despedí tan abruptamente de ti ese viernes.

Y no es solo que te extrañe. Extrañarte por siempre es algo a lo que ya me he acostumbrado, y peor aún, estoy resignada a añorar por mañanas y tardes tus ojos dulces, el cabello castaño rebelde y esas manos enormes que fácilmente podían atrapar las dos mías cuando me tomabas de la mano.

Pero no estoy haciendo esto para tratar de recuperar lo que ya no tengo. Sería tiempo perdido sin ningún sentido. Lo que tengo contigo es una dolorosa explicación de porqué las cosas pasaron como tú ya sabes que pasaron. Me ha costado noches de insomnio analizar en qué punto de nuestra infructuosa y breve relación las cosas se torcieron de manera tan malévola.

Pero antes de continuar debo dejar algo en claro: jamás quise hacerte el daño que sé que te hice. Sé que esto es lo que la gente dice siempre que ve que el daño que hizo es proporcionalmente más grande que su capacidad de remediar las cosas, pero es la única verdad que me queda sobre lo que ocurrió. No voy a argumentarte que era joven y estúpida, o que no sabía lo que hacía, o que fui obligada por las circunstancias. Lo único que haré será darte esa explicación, la que no me pediste en ese último mensaje que llego demasiado tarde para ambos, pero que debo dar para la tranquilidad de mi conciencia.

Puedo retroceder en el tiempo y hacer escalas estrictamente cronológicas de los hechos que ocurrieron. Sin embargo, no lo haré de esa manera, porque la forma en que te recuerdo es a través de sensaciones y palabras; las fechas simplemente se han escapado de mis manos y no puedo encontrarlas en el cajón revuelto de mi mente negada.

Por ejemplo, recuerdo nuestro primer beso. Todos describen el primer beso en una relación como mágico, deslumbrante, simplemente enloquecedor. Es como el punto que detona el gran amor que sienten los amantes entre sí. El primer beso oficial entre nosotros no fue así. De

hecho, sin afán de decepcionarte, el nuestro fue un beso que no me hizo sentir gran cosa. Fue como besar un enorme durazno, suave y delicado, pero sin chispa.

No me malentiendas, cuando decidí que daría una oportunidad al chico 6 años menor que yo que eras en ese entonces yo acababa de terminar con el hombre que me hizo enamorarme de verdad de alguien. No un romance cursi y ridículo de citas y flores, era la relación de un hombre y una mujer que se entendían más allá de las palabras, donde una mirada podía ser todo lo que necesitaban para comprender al otro, y se había acabado por una estupidez suya y la terquedad mía. Los rescoldos de todo eso me hicieron muy difícil empezar de nuevo sintiendo todo el fuego pasional que en algún momento sentí contigo.

Creo que nuestro verdadero primer beso se dio ese día que te sonsaqué para irnos de pinta en el trabajo para tirarnos toda la mañana en el parque Naucalli. Había acudido a ese parque desde que estaba en secundaria, en esas pintas solitarias que prefería al bullicioso espectáculo que ofrecían mis compañeros al hacerlo todos juntos, como animales recién liberados de sus jaulas. Por supuesto que asistí a algunos de esos escapes, pero los míos eran más liberadores y estimulantes que cualquier demostración de rebeldía en público que pudiesen tener mis congéneres.

Ese día sentí una extraña necesidad de ti. Quizás influyo mucho nuestra noche anterior. Como hacíamos cada noche, nos quedamos en ese parque a tomar un café comprado en el OXXO de la avenida y hablar de nuestro odio a todo, nuestro amor a todo, nuestra indiferencia a todo. Esa noche adopte una nueva costumbre: acostarme en tus piernas a mirar las estrellas en la banca. Fue roce de tu cuerpo con el mío, la cercanía de tus labios que ya conocía de antemano o la noche que era más melancólica que otras; ese día sentí en todo mí ser el ansia de tomar tus labios que no sentí durante el primer beso.

Cuando nos despedimos me abrazaste tan cerca de ti, mis labios rozaron por un segundo los tuyos, y sentí un estremecimiento único que no creí que existía hasta ese momento. Y entonces, como iluminado por algún dios del deseo, dijiste la frase que puso en punto y aparte mi confusión: "es increíble toda la química que hay entre nosotros y que en realidad no pueda tocarte"

Esa noche casi no dormí pensando en mis impúdicas sensaciones y deseos, y meditando tus palabras. Una parte de mí decía - "Le pediste no salir más porque estas confundida, recuerda, estas confundida"- . La otra parte de mí, la salvaje, la aventurera, me exigía que develara el misterio detrás de todas esas palabras. En los alocados sueños que tuve esa noche hubo uno donde soñé que me besabas. Era un beso largo y lujurioso, un beso que pecaba de casto en gestos pero que explotaba en mil orgasmos imposibles de contener. Desperté con la determinación de que ese día

terminaría con las dudas.

Capítulo 2

El verdadero primer beso.

¿Qué es lo que la gente normal hace cuando no sabe a quién debe querer? Desde que tengo memoria, jamás me sentí normal. Era una niña rara, desgarbada, demasiado enfrascada en cosas que los otros niños y niñas consideraban "aburridas" y "tontas". Así que durante toda mi vida me vi siendo considerada aburrida y tonta. Jamás encaje con las chicas de mi edad, me llevaba mejor con los chicos, pero no el sentido que las chicas creen que es "cool": No videojuegos, no tardes con los amigos que quieren cogerte y por eso son amables y lindos contigo y toleran todas tus estupideces.

Mis amigos jamás fueron así conmigo. No me malentiendas, tú ya sabes esta parte: Era un chico con tetas al que podían tomar y aventar sin el menor esfuerzo, poner una mano en mi cabeza para mantenerme a distancia suficiente para que mis diminutas y débiles manos no los alcanzaran después de frotar mi cabeza, robarse mi comida o embarrarme de mocos.

Cuando te conocí, tú pasaste a ser un amigo de esa especie, especialmente solicitado por mí a causa del mar de chicas que trabajaban en ese momento conmigo y esperaban que yo fuera lo que en realidad nunca fui. Así que hablar y bromear contigo se convirtió en lo más natural del planeta, porque estaba acostumbrada a tratar y relacionarme con chicos de esa manera.

Tú estabas en ese lugar, y Él estaba en el lugar opuesto. De los pocos novios que tuve, Él fue el que primero me trato como una chica, una chica que además, el creía que era bonita, linda y tierna. Se valió de armas bastante efectivas para lograr que le aceptara una cita. Y bastaron tres para que cayera.

A partir de ese punto pasaron dos años y medio para que te conociera, y un par de meses más para que yo terminara la relación en un mar de llanto. Lo amaba tanto, como no pensé que podría querer a alguien, y el simplemente decía que estaba harto de mi personalidad. Fue lo más doloroso que pudo haberme dicho. Y por aras del destino, el único a quién se me ocurrió contarle mi pena con un mensaje fue a ti.

No recibí contestación, así que deje el teléfono a un lado, mientras era víctima del amodorramiento que da siempre cuando las fuerzas se acaban

de tanto llorar.

Al día siguiente, te mostraste preocupado por mí. Te conté todo, me desahogue y sentí que tenía en ti a un buen amigo. Y en adelante cambio, de manera lenta y progresiva. De un momento a otra, comenzaste a tener más atenciones conmigo, me cuidabas y estabas feliz de escuchar mis tonterías en todo momento. Yo no note el cambio, pero de alguna manera me empecé a sentir tan a gusto contigo que ocupaste el lugar preferente entre todos mis amigos.

Cuando permití que me besaras en el parque, olvide por un momento que aún estaba dolorida por lo que Él me había hecho, olvide que no hacia muchas noches tuvo un intento de recuperarme y que estuve a punto de decirle que sí. Olvide todo, y conocí algo nuevo. Ese día, después de ese beso vinieron mil más, todos con el deseo de olvidarme de todo en ti. Yo ya no era virgen, ese trámite lo había hecho un par de años atrás con otro novio que no tuvo mayor trascendencia en mi vida que la de desvirgarme de manera bastante torpe. Pero con El llevaba más de un año experimentando, por lo que mi cuerpo reaccionaba a los estímulos de tus labios exigiendo satisfacción.

Ese día, sin embargo, no pasó nada más. Solo me escuche a mí misma decir al regreso que lo ocurrido no cambiaba nada, que tú y yo solo éramos amigos, y era todo lo que podíamos ser. Ser amigos no evito que siguiera besándote cada que tenía oportunidad.

En un futuro cercano a ese punto, luego de repetirme lo mismo cada vez que nos encontrábamos, me di cuenta que me había transformado en el estereotipo que normalmente adjudican a los hombres mujeriegos, pero en este caso era yo la que jugaba contigo sin darme cuenta. Y en lugar de remediarlo, agrega un error más a la lista.

Me imagino que la gente normal sabe alejarse de aquello que le causa confusión, para aclarar sus sentimientos y hacer lo correcto. Yo, anormal como soy, solo jodo todo.

Capítulo 3

Las primeras veces.

¿Acaso hay algo más emocionante y excitante que las primeras veces? La primera vez de cualquier experiencia siempre es inolvidable, con la agitación en el estómago de mil mariposas, los nervios, el no saber que viene y la misma espera que potencia todo. Aunque esto no implica que el recuerdo que guardes de esa primera vez sea agradable.

La primera vez que nos vimos mi corte de cabello era espantoso: había aceptado que mi prima me cortara y tiñera el cabello en una práctica en su escuela, días antes de empezar a trabajar. El resultado fue espantoso. Me hacía ver mayor, mal y el color que eligió era un rojo tirándole a naranja de aspecto neón. Horrible. Yo, que jamás le había hecho nada a mi cabello, estaba tan deprimida de iniciar mi nuevo trabajo con ese aspecto, que en realidad trate de ocultar mi pena con una seguridad que no tenía.

Tú, en cambio, te veías bien. Siempre te veías bien. Tu rostro siempre estaba bello, tu cabello alborotado y castaño combinaba bien con tus ojos y la armonía de tu rostro y el traje parecía sentarle tan bien a tu cuerpo, que desde la primera vez que te vi, cuando voltee a verte mientras estábamos en la sala de espera me pareciste uno de los chicos más bellos que había visto jamás. Alguna vez me dijiste que ese corte de pelo te hizo pensar en mí como una de esas chicas "chakas" o de gustos pocos propios. Nada más alejado de mí, que rara vez me aventuraba a peinarme fuera de la raya en medio o de lado y mis rizos sueltos.

En otra de nuestras "primeras veces", la primera vez que nos vimos fuera del trabajo parecías decepcionado de mi manera de vestir. No sé qué esperabas exactamente, pero ir temprano por una muestra de sangre y luego a un mercado a desayunar no era el mejor plan para el cual yo me esmerara en mi arreglo. Pero me sentí un poco minimizada. Nunca fui una chica que necesitara arreglarse mucho, hasta ese punto me había resultado funcional ir por el mundo con mis tenis, mi chamarra de piel y mis jeans, pero en ese momento deseé ser más bonita, la más bonita del mundo, verme linda y dejarte deslumbrado por lo bella que era.

La primera vez que nos acostamos, en cambio, fue la más excitante y satisfactoria experiencia sexual que había tenido hasta ese momento. Mientras te introducía en mi interior y sentía tu cuerpo ardiendo junto al mío, alcancé el clímax de una manera más animal, y en realidad me importo bastante poco si te parecía que yo fuese hermosa. No necesitaba tus palabras, la manera en que me acariciabas y me embestías, tu

respiración, tu manera de estremecerte y de experimentar placer me lo decía todo.

Me deseabas, y era todo lo que yo quería. No necesitaba más en ese momento, solo sentir que tú también enloquecías por mí de la manera en que yo lo hacía por ti. Sin embargo, estoy consciente de que no fue así desde el principio. No existe el amor a primera vista, no existe el destino, no existe la casualidad, no existe el vivieron felices para siempre.

La primera vez que te dije que te amaba fue haciendo el amor contigo. Ya no pude definirlo de otra manera a partir de ese punto, deje de ser un animal sexual para ser una estúpida chica enamorada. Las palabras "Te amo" salieron de mi boca sin que nada pudiera detenerlas, y me di cuenta de manera estrepitosa que nuevamente estaba cayendo en el juego de amar a alguien sin saber que me esperaba tras eso.

Ese día llore. Llore sin saber bien porque, llore de tristeza, llore por ti y por mí. Ahora entiendo que llore por lo que venía, y debo confesar que he llorado por ti más de lo que admití alguna vez.

Las primeras veces son excitantes. Los recuerdos pueden ser dulces o desagradables, estar ligados a lágrimas o risas, o a personas queridas u odiadas, ausentes o presentes, lejanas o cercanas. Eso no importa, cuando se trata de recordar, siempre las primeras veces serán memorias dolorosas.

Capítulo 4

De vicios y virtudes.

¿Cómo saber que algo ya es una adicción para ti? El ser humano siempre ha tenido la tendencia a usar sobremanera las cosas: alcohol, drogas, alimentos, tecnología. Mientras pueda ser usado y exprimido y te de algún placer, corres el riesgo de usarlo más allá de lo prudente. Incluso aunque sepas que tu fuente de placer también es tu fuente de destrucción.

Uno de los síntomas típicos de la adicción es la negación del adicto y la sensación de poder dejarlo cuando sea necesario. Pero entre más pasa el tiempo más difícil resulta alejarte, hasta que parece imposible respirar incluso.

Un par de veces Él se ofreció a recogerme del trabajo, ¿recuerdas? Fueron dos de las noches más espantosas. Al último evento de estos le siguió tal acceso de rabia tuyo que me dejó paralizada. Yo acababa de pedirte un tiempo y no la habías tomado bien. Para mi mala suerte El apareció allí, y el resto fue cuestión de tiempo.

En aquella ocasión me dijiste que no querías volver a hablar conmigo. Como podrás comprobar a lo largo de esta confesión, en realidad soy una nena llorona. Fui a llorar a los escalones donde compartíamos el helado de los jueves, sintiendo un profundo dolor por las pláticas que ya nunca tendríamos y el amigo que había perdido. Por una parte pensé que era lo mejor, que yo solo te estaba lastimando y que no podía darte lo que tú querías: una relación. Pero estaba tan acostumbrada a hablar contigo, a comer contigo y a reír contigo que el día siguiente fue un tormento.

Creo que es lo que las personas adictas sienten cuando están en un periodo de desintoxicación. No fue la única ocasión en que me pasó. Cuando deje de hablar contigo un largo tiempo fue igual de difícil. E igual de inútil, porque no lo resistí y regresé a ti.

Supongo que te ocurrió lo mismo, porque al otro día me pediste una disculpa, hablamos y comenzamos de nuevo. Como amigos. Ajá. En realidad creo que ese fue el punto donde perdí el rumbo contigo. Fue donde la tentación de tenerte cerca y haberme hecho la promesa de no tocarte explotaron mi deseo de poseerte. Perdóname por lo crudo de la expresión, pero ahí comencé a usarte, empezó el periodo en el cual fuiste el objeto que me producía tanto placer y al que no quería renunciar.

Y es que para mí desgracia tenías esa virtud de conectar por completo conmigo y hacerme sentir tan bien. No sé qué virtud tenía yo en ti para

hacerte regresar siempre, pero ahí estábamos: dos adictos que se negaban a alejarse. Me lo dijiste una vez mientras estabas dentro de mí, que yo era un vicio para ti. Yo pensé "no tienes ni idea". Yo a esas alturas no me imaginaba como podía ser el resto de mi vida sin ti. Estoy en esa parte del resto de mi vida, y aunque ha sido bastante difícil, tampoco he muerto. Creo que estoy en esa etapa en la que un adicto se controla y no consume, pero que siempre está pensando en volver hacerlo y en que debe evitarlo si quiere seguir bien.

Yo sabía que eras una adicción para mí. Sabía que nada bueno saldría de todo ello, sabía que nos haríamos más daño del que podríamos contar, pero preferí ignorarlo. Tenerte era tan dulce y placentero como nada de lo que había tenido jamás que ignore todas las señales. Y ahora soy una adicta de ti en eterna recuperación.

Capítulo 5

Realidades y mentiras.

Hasta antes de ti yo creía que odiaba las mentiras. Que alguien mintiera para salir bien librado me parecía nauseabundo y terrible, algo imposible de perdonar. Sé que la mayoría de las personas aseguran lo mismo que yo, pero más de la mitad mienten al asegurar semejante tontería. El resto o bien pertenece al grupo de los cínicos que admiten mentir sin ningún escrúpulo, o al de los ilusos que cree que en realidad nunca miente.

Mentimos todo el tiempo, sin darnos cuenta que desde pequeños nos enseñan a mentir. Desde pequeños nos mienten, con mitos como Santa, los reyes o el ratón de los dientes para que te portes bien, con un Dios castigador y severo o el señor del costal si planeas portarte mal. Te dicen que debes ser cortés con alguien que odias, disimular cuando ves algo que está mal, fingir que algo te gusta para no hacer sentir mal a la gente. Y hay mentiras que no nos enseñan a decir pero que por instinto las decimos. Le decimos a gente que apenas conocemos que la amamos, prometemos eternidades que no hemos ni probado, juramos que las cosas serán para siempre.

Y por desgracia nada es para siempre. Tú y yo somos la prueba fehaciente de ello. Al menos yo juré cosas que no soy capaz de cumplir, solo que en ese momento no lo sabía. Y yo creí que mi amor por ti era sincero, eterno, leal. Una reverenda estupidez, considerando que jamás conocí tu casa, a tu familia o a tus amigos. Curioso, tú tampoco conociste gran cosa de mi cotidianeidad. Solo conociste a mi hermano, y a Él. Yo, ni eso debe de ti.

Pero yo estaba segura en ese momento de que era lo más real y perfecto que había vivido y que tendría el resto de mi vida. Es fácil mantener algo así cuando el compromiso no es grande, es decir, ¿qué tan difícil puede ser ver a alguien una o dos veces por semana un par de horas y jurar la eternidad? Por eso conocemos tantas historias de esposos que engañan a sus esposas con mujeres brillantes y hermosas. Funciona porque esas chicas no conocen la mutilada realidad del ser que aman, y viceversa, ellos no las han visto en sus peores momentos. Amar algo en su luminosa y mejor presentación es sencillo, lo complicado es decidir amar a alguien

cuando está en su versión más andrajosa, insoportable y decaída.

A pesar de todo lo señalado anteriormente, y de que yo no confiaba en los mentirosos, no tuve ningún problema en convertirme en una. Primero me mentí a mí, al decirme que yo no sentía nada por ti, que eras mi amigo y solo había una amistad y algo de sexo de vez en cuando entre nosotros. Cuando la cercanía física se convirtió en algo más habitual, me mentí al decirme que sentía algo por ti, pero que nada pasaría. Volví a mentirme cuando me dije que te amaba y que eso podía convertirse en una verdadera y sincera relación. Me mentí cuando juré que te amaría por siempre, nos casaríamos y tendríamos hijos. Me mentí cuando decidí que eso no podía continuar y que tenía que dejarte. Me mentí cuando quise ignorar el hecho de que todo había acabado de la peor manera, creyendo que había sido lo mejor.

Por ende, todas esas mentiras te las conté a ti. Y lo más triste es que los dos los creímos. Y vivimos una relación de mentiras, con sentimientos que ahora ya no sé si fueron sinceros alguna vez.

Ahora, a la distancia, trato de vivir sin mentiras en el camino. Es difícil, pues decirles la verdad a las personas no siempre es bien recibido. Lo más complicado es tener que decirme la verdad. Por eso me decidí a escribir esta historia, porque de cierta manera es mirar de manera objetiva lo que paso, contarte mi versión de la historia donde supongo tú te llevaste la peor parte. Por eso ahora debo contarte la parte más dura, por qué hice todo lo que hice, en tus propias palabras.

Esta es la verdad de porque terminamos.

Capítulo 6

Nada es para siempre.

Mientras me mentía y te mentía sobre mis sentimientos y expectativas, la verdad es que mis acciones fueron siempre reales. Como toda mujer enamorada, sentí que el amor me daba las fuerzas sobrenaturales de hacer cosas increíbles por mi vida. Nueva York era la forma más rápida y certera de estar cerca de ti, irónicamente me separaría por tres o cuatro años de lo que quería más en ese momento: Tú.

Cuando mi tío me ofreció esa oportunidad, dudé muchísimo en aceptarlo. No solo implicaba dejarte a ti, dejaba todo lo que conocía y amaba: mi familia, mis amigos, mi hogar. Pero la posibilidad de ser más independiente, de no responder a nadie por lo que hacía y de estar contigo me hizo decidirme. Era algo que quería hacer por mí.

Diciembre fue un mes duro. El último día de ese mes que nos vimos creímos que sería la despedida. Hicimos el amor como nunca, lloramos y nos abrazamos. Bailaste conmigo en una parada de autobús y tarareaste la canción que querías bailar conmigo en nuestra boda. Todo fue tan increíble, y tan doloroso. Luego me fui con mi familia a pasar fin de año, a hacer trámites para el pasaporte y la visa y a planear mi viaje. Y ahí empezó mi infierno.

Mientras revisaba mi Facebook unos días después, una chica me mando un inbox. En él me decía sin rodeos que debía alejarme de ti. Ella aseguraba ser la madre de un hijo tuyo, incluso me envió una foto del nene, que debía tener unos tres años en ese momento. De inicio me negué a creerlo, pero el parecido contigo era tan impresionante, tenía tus ojos, tu cabello, tus rasgos. Además lo que me decía encajaba perfecto con nuestra situación. Todo era exacto. Porque nunca conocí a nadie cercano a ti, porque me presentabas con los pocos que nos encontraban como tu amiga o por mi nombre. Ella me dijo que no estaban juntos, pero que tú la habías dejado con su hijo por mi causa, y que últimamente el niño ya no te importaba como antes.

No supe que decir, hacer o pensar. Solo pude cerrar la laptop y quedarme como zombi. Por días me negué a iniciar sesión, a la vez que me negué a comer a pesar de mi enfermedad. No sabía que creer. Mi mente me decía que siguiera la lógica, muy posiblemente era cierto. Pero mi corazón me gritaba que no podía ser cierto, que tenía que ser una puta mentira, que tú no me podías haber hecho eso.

No dejaste de escribirme. Veía tus mensajes, lloraba y pensaba en responderte, para insultarte y maldecirte por lo que sufría y decirte cuanto te amaba al mismo tiempo. Luego pensaba en la chica y tu supuesto hijo, pensaba en lo que ellos sufrían y cerraba la computadora nuevamente.

No me comuniqué contigo por semanas. No podía, no quería saber la verdad. El rencor creció como una enredadera en mi interior, llore lágrimas, de esas que no consuelan sino que enardecen más la rabia. Me pregunté si había sido tan idiota para enamorarme de alguien que no me amaba igual, y peor, que aparentemente me había utilizado. No tenía derecho a reclamar por ese lado, porque por meses te había utilizado, besándote y haciéndote el amor mientras decía "esto no cambia nada" para sentirme mejor, y tú no habías dicho nada. En ese sentido quizá estábamos a mano.

Mi pasaporte y mi visa salieron de inmediato, gracias a una mordida que pagó mi tío, y técnicamente podía irme cuando yo quisiera, así que lo más prudente hubiera sido irme y olvidarme de ti, dejar que el tiempo hiciera su trabajo y pusiera las cosas en su lugar. O buscarte y pedirte una explicación, que tu aclararas las cosas, darte la oportunidad de probar que eras inocente.

Alguna vez, mientras hablábamos te dije que en realidad no sabía la clase de cabroncita que era yo. En el sentido del pesar que me acometió, me cegué y lo único que quería era vengarme. Así que no me fui, le dije a mi tío que aprovecharía el pasaporte y la visa para ir a verlo y regresé. Volví a hablar contigo, no te dije nada de lo ocurrido y decidí que si querías jugar, yo podía ser un excelente contrincante. En mi plan tú me terminarías diciendo la verdad si no me iba nunca, y esa sería mi venganza.

Pero en lugar de eso tú te portaste cada vez más enamorado de mí. Incluso te alegraste de que no me fuera. Yo trataba de hacerte ver que si me iba tenías que seguir con tu vida, con la esperanza que se te fuera la lengua y confesaras, pero no lo hiciste. Tampoco juraste que me esperarías, y eso me hizo seguir dudando.

En algún momento El regreso por unos días. Se había graduado y estaba trabajando en provincia, para una empresa metalúrgica que tiene obras en México y Latinoamérica y que lo mandaba a viajar seguido. No lo había visto en casi un año. Me invito a tomar un café y yo acepté. Entre anécdotas y recuerdos, salió el veneno que me estaba carcomiendo. Le conté todo, y él me escuchó mientras lloraba otra vez y volvía a maldecirme por ser tan estúpida. Él me escuchó, me aconsejó y me dijo que si iba tan mal aquello lo mejor era terminar y poner punto y aparte. Ojalá le hubiera hecho caso.

Lo seguí viendo después de esa ocasión, y él me confesó que estaba arrepentido de haberse portado como idiota conmigo. Me dijo que aquella vez estaba molesto conmigo porque él estaba solo, en medio de una fiesta donde no conocía a nadie y yo solo estaba divirtiéndome e ignorándolo. No era justificación, pero pude entenderlo. Él me dijo me extrañaba y que lo que más deseaba era estar conmigo otra vez. Me besó y yo acepté. Y sin darme cuenta como pasó, ya estaba otra vez en mi vida.

Pensé en romper la relación contigo, en hablar con él y evitar que siguieran creciendo los vínculos, mandar todo al carajo y quedarme sola. Pero la satisfacción que sentí al ver tu cara de enojo y celos cuando te hable de Él un día de tantos me decidió sobre cómo me vengaría de ti.

Regresé con él con bombo y platillo, le conté a mi familia y amigos y Él empezó a venir a verme cada fin de semana. Mientras tanto te veía a ti, me portaba estúpida y trataba de hacerte creer que todo estaba bien. Mi plan era anunciar en Facebook que tenía una relación, que tú lo vieras y que sintieras lo que yo sentí. Cuando pidieras una explicación, ahí sacaría todo y mi venganza estaría completa.

Pero no contaba con los planes de Él. Un día nos invitaron a toda la familia a una comida que organizaron sus papás. Al menos esa era la versión oficial. Sin embargo, esa comida cambió mi vida, la de Él y por supuesto, cambió la tuya. Después de ese día nada fue igual.

Ese día aprendí que nada es para siempre.

Capítulo 7

Y la venganza sabe a...

Dicen que la venganza es un plato que se sirve frío y se saborea despacio. Sin embargo no es necesario que quedes satisfecho al final. Puede que el sabor de la venganza al final no te sea tan delicioso como te habías imaginado, y hasta que termines enfermo por ello.

Esa comida en casa de los padres de Él se convirtió en leyenda en mi familia. Asistimos todos, de hecho hasta mis tíos. Prepararon carne asada en el patio, verduras, y había un pastel de queso delicioso. El patio estaba lleno de sillas y mesas, éramos aproximadamente 100 personas. Había música y todos se veían contentos. Su hermana vino corriendo a mí y a mi familia cuando llegamos y nos sentó a todos. Me dijo que El no tardaría en llegar, que había salido por un encargo.

Mientras bebíamos algo y platicaban entre mis papás y los de él, pude ver quienes habían sido invitados. Estaban varios de nuestros amigos, lo que no era raro porque ellos estaban donde hubiera fiesta, y esa comida ya estaba en ese nivel. También estaba su abuela materna, sus tios, primos y algunos amigos suyos que vivían en Cuautla, Oaxaca y Querétaro. Entonces si me pregunte porque era la celebración. Cuando nos invito yo supuse que era una comida familiar de domingo y quisieron aprovechar para ver a viejos amigos, ya que mi papá y el suyo lo eran.

Entonces alcance a escuchar un mariachi. Pensé que era una serenata o algo así. Y fue una sorpresa para mi ver entrar el mariachi con él por delante con rosas rojas. Fueron hasta donde yo estaba, él me dio las rosas y un beso, y yo creo que estaba más pálida que nunca, temblando y sin saber bien que estaba pasando, pero sospechándolo. Los mariachis tocaban "novia mía" o algo así, no recuerdo bien. Y cuando el mariachi termino, él se puso de rodillas, saco una cajita y me pregunto si me quería casar con él.

Yo enmudecí. Esto no lo esperaba, y tartamudee un silencioso "¿qué?". El continuo diciendo que nunca había estado tan seguro de nada como de lo que sentía por mí, que no quería estar lejos de mí y que me ofrecía todo lo que él era. No supe como dije que sí, él me puso un anillo precioso en el dedo y un beso en los labios. Me abrazo, mis padres me abrazaron, los de él nos abrazaron, sus hermanos y los míos nos felicitaron.

Nunca me imaginé que todos menos yo sabían que esa era nuestra fiesta de compromiso. Más tarde, cuando la euforia le paso a todo mundo y pudimos estar a solas, pensé en hablar con él y decirle que no, pero en

lugar de eso le dije la verdad y deje que el decidiera que hacer. Y El me eligió a mí.

Para ese momento ya estaba publicado en Facebook que en cuatro meses más sería la boda. Tú me bloqueaste y no supe más de ti. Era perfecto, tu silencio me hizo creer que en realidad si eras culpable y por eso no me habías buscado para que te explicara porque todo eso pasó.

Así pasaron tres meses en planear una boda. Aunque unos meses atrás estaba segura de que yo te amaba, estaba contenta. Con El todo era seguro, tranquilo, estable. Era la sensación de sentirme querida, de ser suficiente para él, de saber que por fin dejaría de correr. Hasta me sentía un poco emocionada, ya tenía un trabajo y estaba en la escuela nuevamente, y la expectativa de una familia y tal vez hijos en un futuro me hacían sonreír.

Pero aun así te extrañaba. Un día no resistí y me puse a ver nuestras conversaciones. Sentía revivir cada momento en que tuvieron lugar y sentí la ilusión, la emoción, las tardes de café, las pláticas interminables, la música, las risas, los besos, la tristeza, el dolor y la rabia y todo lo que había sido esa relación. Estaba a punto de cerrar todo y dar por terminado el asunto, pero el destino quiso que un error de dedo te mandara un emoticón.

No me di cuenta en ese momento. De hecho no me di cuenta hasta hace unos meses. Gracias a que no me di cuenta paso el tiempo de planeación de la boda, las despedidas de soltera y todo lo demás, y me casé un sábado soleado, en una capilla pequeña, enfundada en un vestido blanco de tul sencillo y sin tacones, mientras mi orgulloso padre me entregaba en el altar y mi futuro esposo me esperaba brillante. Gracias a la ignorancia de lo que había pasado, pude disfrutar una fiesta de boda estupenda, donde todos mis amigos y familiares nos felicitaron y nos desearon ser muy felices. Gracias a que no volví a abrir esa cuenta pasaron casi dos años donde a nuestra manera tranquila hemos sido felices.

Pero hace unos meses me llegó un mensaje porque alguien intento hacker esa cuenta. Mientras reforzaba la seguridad, me di cuenta de que había un mensaje tuyo. Estuve a punto de abrirlo y leerlo, pero decidí que era mejor ignorarlo y desactive la cuenta.

Y después de mucho pensar en ti y en ese jodido mensaje, por fin lo leí. Decía, parafraseándote "Decir muchas veces una mentira no la convierte en realidad. No sé porque hiciste todo lo que hiciste, si no quieres hablar no importa, yo no necesito una explicación." Arriba de este mensaje estaba el emoticón estúpido, el delator, el culpable de esta respuesta fría y dolorosa.

Supongo que la explicación de una mentirosa no vale mucho ni es confiable. Estoy consciente que vengarme de ti estuvo mal. Tu mensaje habla de que no crees nada de lo que diga. La realidad es que a mí no me resuelve el sí eras culpable de mentirme sobre tu hijo o si ese niño no era tuyo, y jamás pude probar que me utilizaste y me mentiste. Pero aunque fuera cierto ahora sé que lo que hice estuvo mal.

Como decía, la venganza promete ser un plato succulento y único. Pero al final descubres no solo que no sabe bien, sino que está podrido. Y si tuviste la osadía de comerlo entero te pudre, junto con todo lo que te rodea. Y la curación de esta putrefacción es larga, penosa y difícil.

Capítulo 8

De redenciones y perdones.

No debí jugar con el destino y los sentimientos de las personas. No debí jugar contigo, para empezar. Ahora que sabes lo que pasó, es lo más probable que me ignores, o me odies más de lo que debes odiarme. También es posible que decidas buscarme. Por favor no lo hagas. Espero que entiendas que ahora solo queda polvo y recuerdos de todo eso.

A veces me pregunto qué hubiera pasado si en lugar de vengarme hubiese actuado sensatamente y buscado la verdad con la verdad en la mano. Pero preguntarlo en realidad no hará la diferencia. Lo hecho, hecho está.

La verdad es que nunca voy a dejar de extrañarte. Eso es seguro. Pero tampoco puedo decirte que soy infeliz. Es cierto que el renacimiento de todo esto gracias a tu mensaje me ha traído insomnio estas semanas, porque el remordimiento de haber dañado tanto a alguien no te abandona tan fácil, pero te mentiría si te digo que sufro desde que te dejé. Jamás voy a olvidarte, porque lo que sentí fue enorme por ti. Pero ahora sé que eso no es amor.

Lo único que queda decir al final es que lamento profundamente el daño que te hice. Yo he podido superar con amor y tranquilidad el dolor y la rabia que sentí, por lo que quizá entiendo porque no querías una explicación.

Escribir nuestra historia me ayudo a perdonarme y a perdonarte, perdonar el pasado doloroso que seguía tras de mí. Me está ayudando a cerrar lo que seguía sangrando y a redimirme ante mi misma.

De todo corazón deseo que el resto de tu vida sea fantástica, tal cual y como la querías. Yo hago lo propio por la mía, porque ahora sé que esa es mi verdadera responsabilidad. Te agradezco por los momentos memorables en mi mente y te despido ahora si para siempre, porque desde aquí en adelante no tengo espacio ni tiempo para arrepentirme.

Con cariño...